

Prólogo

Cuando una estrella de mar se corta un brazo, enseguida lo repone con otro brazo tan natural como el perdido. Y hay unos gusanos del orden de los planáridos que vuelven a completarse asombrosamente cuando algo se les priva. Si a una planárida la cortan más cerca de la cabeza que de la cola, se activa su metabolismo en el muñón y aparece una cabeza nueva; y si la cortan más cerca de la cola que de la cabeza aparece otra cola. Avanzando en la escala zoológica, aun entre los crustáceos se dan esos casos notables de reposición, porque al cangrejo se le forman pinzas nuevas cuando las pinzas que tenía se rompen.

En cambio, el hombre no repone ni el pelo. No se trata, claro esta, de destacar esa incapacidad para humillarlo, porque de eso él no tiene la culpa. Como no la tiene tampoco de ver menos que el pájaro, de oír menos que el perro, de gustar menos que la vaca. El hombre tiene 3000 papilas receptoras del gusto. La vaca tiene 32000. A pesar de los adelantos del arte culinario, ha de seguir siendo un misterio para el hombre el gusto que la vaca le siente al pasto. Podrá objetarse, hasta aquí, que al hombre, para lo que hay que ver, le basta con la vista que tiene y para lo que hay que oír con el oído que tiene. Y que hasta ahora pudo vivir sin comer pasto.

Pero hay particularidades entre los animales que no podrían desdeñarse con tanta facilidad. Uno no se refiere a las que el hombre le ha copiado a los animales; claro que desnaturalizando después el original, porque le copió los principios de la navegación al pez, pero el pez no tiene la culpa de que haya hecho el hombre luego submarinos, como no tiene la culpa el pájaro de haber servido inconscientemente, como modelo de bombarderos.

El hombre copió, asimismo, el radar al murciélago, que se orienta en la oscuridad por el eco de los sonidos que emite; le copió el Derecho Internacional al avestruz, que cree que si él no mira no lo ven; le copió la viveza al tero, que pone el huevo en un lado y va a pegar el grito en otro. En todo eso, la imitación le salió más o menos perfecta.

Pero no acertó, todavía, a imitar al tórtolo y ser tan buen marido como él, que debe serlo, sin duda alguna, señores, porque cuando la tórtola enviuda, siente tanto al perdido compañero, que ya nunca se para a cantar en una rama florida y además, revuelve el agua para enlutecerla con barro, antes de ponerse a beber. Dice, justamente, Tirso en una cuarteta deliciosa de "La dama del olivar":

La tortolilla con suspiro quiebra
viuda, los vientos, por el bien que pierde
y cuando las exequias le celebra
huye del agua clara y el roble verde.

En cambio en nuestra especie las viudas se alivian el luto a los seis meses. Por algo será.

Por otra parte, señores, bien que no ha podido establecerse todavía, por medio de los estudios, un pensamiento conceptual en el animal, un querer inteligente, la conducta de los animales fue aprovechada por el hombre mayor de edad para fundar el método didáctico de las fábulas, destinado a la educación de los cachorritos humanos.

El hombre debió ir a buscar ejemplos, en esos seres aparentemente sin alma, porque no los encontraba tan típicos y claros en ejemplares de su especie. Y apeló a la nobleza del león, a la fidelidad del perro, a la disciplina de las abejas, a la laboriosidad de la hormiga.

Eso no le impidió de ninguna manera llevar al león al circo y enjaularlo junto a un domador feroz, para divertir, entre otros, a los mismos chicos ante quienes la nobleza del león fuera puesta como ejemplo. Los chicos tienen todo el derecho de pensar que si éste es el resultado de ser noble, es preferible seguir el ejemplo de cualquier otra cosa.

El hombre dice “fiel como un perro” al referirse al amigo leal, pero también dice “vive como un perro” al referirse al que anda en la mala. Y como las condiciones en que el perro vive dependen del hombre –porque el perro no se agremia ni tiene consejos de salarios ni siquiera gana sueldos, está por la comida y cucha, que no suelen ser más que una chiquizuela pelada y un jergón- , el hombre mismo declara al reconocer que “hay una vida de perros” su injusticia en el trance de estimar una lealtad.

Además comete a sí mismo injusticias cuando compara al prójimo envenenado con el escorpión. El más activo de los escorpiones, el *Botus occitanus*, es triste, solitario y tímido. Y cuando se ve acorralado, haciendo gala de una soberbia heroica, se clava en el cuerpo el ponzoñoso aguijón y se suicida.

La calificación del hombre por el hombre siempre está referida a los animales. El hombre es bravo como un león, manso como un cordero, flojo como una gallina. Habría que decir “generoso” como una gallina. Porque el hombre guarda en el banco el producto de su esfuerzo –o lo coloca al 14 por ciento- en cambio la gallina, novelera y desprendida, no bien pone un huevo cacarea para que se lo vayan a buscar y lo entrega gratis.

El hombre calumnia al tiburón, porque la Oficina de Aeronáutica de la Flota Norteamericana, basándose en el testimonio de aviadores de la Unión dice que durante la guerra se vieron obligados a descender y permanecer a la deriva en aguas llenas de tiburones.

El hombre inauguró, es verdad, la novedad de la inteligencia sobre la tierra. Pero no llegó a ser, por ella, un verdadero rey de la Creación. Hasta el momento, apenas es un capataz de la Creación. Y eso mediante el látigo, el yugo, la rienda, la escopeta, y la trampa.

Si se llamara a elecciones, señores, de las que participaran la vaca y el conejo, la gallina y el novillo, el lechón y la perdiz, la paloma y el pejerrey, con

seguridad que no saldría electo el hombre aunque les prometiera a los sufragantes hacerse vegetariano.

El mundo de los animales, el mundo íntimo, es oscuro y al mismo tiempo transparente: es como un negro envuelto en celofán, porque no sabemos si el perro piensa pero vemos como el perro sigue a su dueño, y no sabemos si el gato piensa pero vemos como lo espera en la casa. Son dos formas distintas de fidelidad, pero precisas e indiscutibles.

Además, el animal sufre porque su queja es un lenguaje que cualquier hombre de corazón honrado tiene que comprender. Y no se es hombre solo por la cabeza y por la mano, como dicen los antropólogos (una cabeza que piensa y una mano que agarra) el hombre debe ser hombre, principalmente, por su corazón que tiene aquellas famosas razones que la razón ignora. Y quien asiste impávido, insensible y hasta entretenido, a veces, al espectáculo de un padecimiento, no tiene derecho alguno a tratar de bestias a las otras bestias.

El hombre así –lamentable y mutilado en su corazón que es la entraña de la verdadera comprensión y de la verdadera gracia- es el que atribuyó siempre a otras familias zoológicas el patrimonio de sus propios disparates, para eludir él la responsabilidad de haber sido quien los inauguró sobre la tierra. Y es así que a lo largo de la llamada civilización humana, se sostuvo que las perrerías las había inventado el perro, las raterías la rata y las burradas el burro.

Pero ya Juan Ramón Jiménez en aquel librito que le dedica a Platero –un pedestal hecho para su burro amigo en caramelo y jazmín- dice: “pero si cuando un hombre es bueno, debería llamarlo asno, cuando un asno es malo deberían llamarlo hombre”. Sería justicia, señores.

Cartas de animales

INDICE

Prólogo	5
Acerca de los platos voladores	11
Cosas que solo pasan en los sueños	13
La caza y la liebre	17
La rana	19
Los chupa sangre	21
De la serpiente	25
Del león	29
Del burro	33
Del ganso al hombre	37
De la rata	41
Del gato	47
Del microbio	51
Del elefante	55
Del pato	59
Del mono	63
De la vaca	67
De la langosta	71
De la lechuza	75

Del Elefante

Gran Ñato:

Siempre te ha parecido que las cosas que otro hizo, a ti te habrían salido mejor.

"Sí, está bien, pero entonces, yo..."

Y añades lo que habrías quitado o agregado a la obra ajena.

Quienes ascienden al Himalaya piedra por piedra "Il y a des gens qui font la critique de Himalaya caillu par caillu" -¿recuerdas que lo dijo Víctor Hugo- no serían capaces, valiéndose solos, de confeccionar ni siquiera un repecho.

Por eso le asistió tanta razón a aquel otro congénere tuyo, George Bernard Shaw, cuando reconoció que "el que puede, hace; y el que no puede, enseña".

Criticar no quiere decir echar abajo nada, sino, antes bien, analizar una obra y desde luego que, tampoco, con la preconcebida intención de combatirla, sino, movidos a aportar honradamente, de nuestra parte, aquello que pueda faltarle para completar su estructura y, así las cosas, hacer más perfectible su funcionamiento.

Ocurre, sin embargo, que cuando fue creado algo es, ya, un hecho consumado. Algo a lo que hay que aceptar no incondicionalmente pero tampoco rechazar con desdén porque toda creación se logró con amor, con pasión, con desesperación y con angustia-, ni mucho menos fingir que se ignora, como sueles hacer tú, para quitarle importancia. Porque tú crees que si no la miras, ya nadie podrá verla. Crees que si la desprecias, queda anulada para siempre.

"Yo, en su caso, habría hecho..."

Claro es que el otro no está en tu caso. En tu caso habría hecho otra cosa, salvo aquellas veces en que tienes la osadía de hablar de lo que habrías hecho tú en el caso del otro, disimulándote a ti mismo, que nunca fuiste capaz de hacer nada.

Te detienes a mirarme y sólo encuentras defectos en mí; que tengo las patas de adelante más cortas que las de atrás, que parecería que hubieran empezado a hacerme de adelante para atrás en vista de que después del derroche de materia prima en que se incurrió para modelarme la trompa, la cabeza y las orejas, agotada la carne de elefante, tuvieron que rematarme con una cola de mono... Y que soy más grande por fuera que por dentro ya que el cuero me hace chingues, y que tengo pies planos...

No adviertes que si fuera más chico y tuviera las cuatro patas de la misma longitud y careciera de trompa, y mi cola fuera del mismo material que el resto de la carrocería, no sería yo un elefante, sería un perro.

Y si careciera de patas y presentara alargada mi figura y la piel me ciñera como una malla de baño, sería una lombriz.

Para ser un elefante, que es lo que soy- debo ser como me presento.

Y tú tienes la obligación de entender lo que ves, no mutilándolo hasta hacerlo del tamaño de tu comprensión, sino considerándolo en su aspecto real y tratando de desentrañar, de ese aspecto, el significado y la finalidad que le son inmanentes.

Comprender, "hijo", no quiere decir exprimir las cosas para que quepan dentro de un concepto que, luego, haces tú gala de tener de ellas, sino agrandar el concepto para que las contenga enteras, en toda su siempre maravillosa realidad.

Con afecto:

El Elefante.

De la vaca

Apreciado cliente:

Hospedada en el potrero o pupila en el tambo, he venido siendo para ti, pese a mi buena voluntad, la víctima por excelencia.

No obstante, te procuro infinidad de cosas que, sin mi solicitud y mi condescendencia, iba resultar muy difícil sustituir.

Pero no bien te pareció que tu civilización podía justificar envanecimientos y desaprensiones, empezaste a demostrarme una falta de consideración que corrobora el creciente desarrollo de una ingratitude más famosa y humana cada día.

En un tiempo fui sagrada por tus antecesores. Lo fui para los egipcios y para los caldeos entre los que la trinidad “toro-vaca-ternura” representaba a la Tierra, la Luna y el Sol, y para los asirios, cuyas niñas me consagraban su doncellez. Recuerda además que Homero, cuando le cantó a Hera, la reina del Olimpo-busca el piropo en el Canto IV de la “Ilíada”-la llamó “la de los ojos de novilla”.

Tú no hablas sánscrito ¿verdad? Lo presumía: mientras las cosas sigan así te defiendes bien con el inglés. Pero en sánscrito, “batalla” se dice “gavisti”, que significa “luchar por las vacas”. Ya ves el respeto que se me tenía, también en la tierra indostana, mucho antes de que en el Commonwealth, se difundiese la ridícula moda de los frigoríficos. Yo era una especie de diosa intocable en aquel tiempo.

Pero...son tan suculentos mis bifos, es tan duradero mi cuero, se me saca tan fácilmente la leche, que no pudiste contenerte e inventaste las estancias, las zapaterías y el capuchino. ...Y yo no sólo te proveo de la vacuna para prevenir las pestes exclusivamente humanas, sino que he demostrado que soy una caballera al ni hacerte cuestión ni por las explicaciones de doble sentido que das sobre la languidez de mi mirada, ni siquiera por echármele agua a la leche. Con poco que se rehiciera tu concepto de la justicia, vendrías de tanto en tanto al tambo sin el balde, a hacerme una visita de cortesía. Sin otro particular, te saluda atentamente tu segura servidora. La vaca